

# MODELOS DE VIDA Y CULTURA EN NAVARRA (SIGLOS XVI Y XVII): ANTOLOGÍA DE TEXTOS

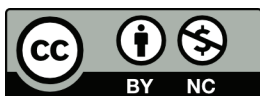
Mariela Insúa (ed.)



Mariela Insúa (ed.), *Modelos de vida y cultura en Navarra (siglos XVI y XVII). Antología de textos*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2016. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 35 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-489-8.

## LA IMAGEN DE PEDRO DE URSÚA EN JUAN DE CASTELLANOS

Álvaro Baraibar  
GRISO-Universidad de Navarra

Juan de Castellanos (1522-1607) fue un conquistador español nacido en Sevilla que, muy joven, pasaría a América. Tras haber participado en diversas campañas como soldado de fortuna, decidió ordenarse sacerdote, algo que consigue en 1559. Como él mismo dice, quiso «acogerse a sagrado / para llorar el tiempo mal gastado, / con la mudanza del oficio». En sus años de soldado coincidió con Pedro de Ursúa en Santa Marta, luchando contra los tayronas. Sin embargo, sus caminos se separaron cuando Ursúa decidió pasar a Perú.

Castellanos pasaría a la historia como autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, una extensa obra poética con un total de 113.609 versos endecasílabos en octavas reales. En dicha obra, Castellanos nos traslada la imagen de varios conquistadores y entre ellos, cómo no, la de Pedro de Ursúa. En la elegía IX («A la muerte de Diego de Ordás, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el río de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas») aporta diferentes noticias de unas magníficas tierras, El Dorado, que motivaron varias expediciones, y nos advierte de que, más adelante, se referirá a Pedro de Ursúa, excelente capitán al que tanto debían los españoles y que tan digno de alabanzas era:

Y Orsúa, capitán tan excelente  
cuanto pudieron ser los más cabales,  
a quien los que vivimos de presente  
debemos alabanzas inmortales,  
y de quien trataré más largamente,  
celebrando sus tristes funerales  
por el orden que de presente llevo.  
Pues si muchos le deben, yo le debo.

No obstante, será el canto tercero de la Elegía XIV («Elogio de la isla Margarita, donde se da relación de la vivienda de la gente que allí reside y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particulares dignas de memoria») el lugar elegido por Castellanos para hablarnos de Ursúa y de lo acontecido en la expedición en busca de El Dorado.

*CANTO TERCERO, donde se cuenta la partida de Pedro de Ursúa, con buena copla, aunque alguna della inquieta y facinerosa, y las demás verdades sucedidas antes de embarcarse en el río por donde va a hacer su viaje.*

Prenden a Marte redes de Vulcano  
 en Venus colocado su contento;  
 ablándase la mas guerrera mano  
 vencida de lascivo pensamiento;  
 con mal amor enferma lo más sano,  
 do quiera causa tierno sentimiento;  
 los invencibles y más fuertes cuellos  
 una flaca mujer suele vencellos.

Pedro de Ursúa pues, cuya grandeza  
 de hechos ya tenemos conocida,  
 hizo su belicosa fortaleza  
 a fuegos amorosos sometida,  
 vencido de un extremo de belleza  
 que fue lo más extremo de su vida;  
 y a vueltas de guerreros atambores  
 también ejercitaba sus amores.

La bella doña Inés era la dama  
 que tuvo con razón nombre de bella  
 si fuera con reguardo de la fama  
 que debe reguardar cualquier doncella,  
 a quien el buen Ursúa mucho ama,  
 siendo no menos él amado della.  
 Y como bien querer importunase,  
 acabose con él que la llevase.

Hija de Blas de Atienza, que de Lima  
 o de Trujillo fue, moza lustrosa,  
 avisada, graciosa y en estima,

como ya dicho tengo, de hermosa,  
gentil disposición con que lastima  
el ánima de amor más odiosa,  
no tiene padres puestos al enmienda  
ni deudos que le tiren de la rienda.

Pues el Ursúa como consintiese  
que fuese doña Inés a la jornada,  
secretamente le mandó que fuese  
tras él por vía más disimulada;  
y él partido, mandó que se partiese  
de ciertas dueñas bien acompañada.  
Luego, se despidió de su querida,  
y convocó la gente divertida.

Llegose de soldados gran estruendo  
aderezados para la demanda,  
muchos de corazón malo y horrendo,  
como fue Joan Alonso de la Banda,  
Lope de Aguirre, Pérez y Salduendo,  
Diego de Torres, Vargas y Miranda,  
y un Cristóbal Fernández, mal cristiano,  
Pero Fernández y Miguel Serrano.

Otros algunos, en maldad insines,  
gente desesperada y atrevida,  
amiga de traiciones y motines,  
sin Dios y sin olor de buena vida,  
al fin en sus costumbres tan ruines  
que tienen la virtud aborrecida.  
Ningún concierto hay que los concierte,  
ni temen temporal ni eterna muerte.

Como el marqués insigne Mendocino  
le tuviese tan justas aficiones  
al Ursúa y le fuese tan benino,  
acudíole gran copia de varones,  
con los cuales él hizo su camino  
a la provincia de los Motilones  
porque en aquellas tierras y comarcas  
había de hacer copia de barcas.

Tenía de la tierra la tenencia  
el que Pedro Ramiro se decía,  
hombre de gran consejo y experiencia,  
señalado varón en valentía.  
Recebiolo con gran magnificencia,  
con gran urbanidad y cortesía.  
El Ursúa, hallando tal abrigo,  
procuró granjearlo por amigo.

Después en lo aviar metió tal prenda  
que el Ursúa, persona bien mirada,  
le dijo que dejase su vivienda  
y se fuese con él a la jornada;  
porque será señor de su hacienda,  
y maese de campo del armada.  
Fue nombrado por tal, y pretensores  
quedaron con algunos sinsabores.

Destos el uno fue Francisco Díaz,  
pariente del Ursúa muy cercano,  
ansimismo soldado de mis días,  
valiente y comedido cortesano,  
que movido de vanas fantasías  
en el Pedro Ramiro puso mano;  
diole de puñaladas en efeto,  
maldad indigna de hombre tan discreto.

De tan escandaloso desatino  
al Ursúa le dan luego noticia,  
que estaba gran distancia de camino  
bien fuera de tan áspera malicia.  
Revolvió sin parar y como vino  
hizo del matador justa justicia,  
y de Grijota y de Benito Díaz,  
consortes, y de un Diego de Frías.

Después que ya dio fin a malos fines,  
sin él se recelar de los peores,  
procuró concluir los bergantines  
no sin grandes trabajos y sudores,  
por apartarse ya destos confines  
y poder descubrir otros mejores.

Demás desto también se recelaba  
que mucha gente se le remontaba.

Aprestándose pues desta manera  
con temor de que gente se le huya,  
la bella doña Inés, que no debiera,  
allí llegó también en busca suya;  
porque con una muerte lastimera  
vida de dos amantes se concluya,  
y este negocio cuentan estas gentes  
por vías y maneras diferentes.

Pues entre muchos dellos hubo fama  
haber puesto los ojos el Salduendo  
en los merecimientos desta dama  
que diferentes partes va siguiendo,  
y él fue de los catorce de la trama  
del pérfido motín, malo y horrendo,  
y cuando doña Inés se recibía,  
él se mostró con grande lozanía.

Puesto que todos para dar contento  
a su gobernador, que por ventura  
tenía diferente pensamiento,  
hicieron a tan alta hermosura  
solene y principal recibimiento,  
anuncio de su grande desventura:  
unos van con sinceras intenciones,  
otros con muy dañados corazones.

Formose campo digno de mirallo,  
guarnido de galanas invenciones,  
infanterías y hombres de caballo  
con trémulas banderas y pendones;  
y porque ella pudiese contemplallo  
ordenaron lucidos escuadrones,  
los cuales en presencia de las dueñas  
hicieron caracoles y reseñas.

Ondean por los yelmos plumas largas  
de las garcetas blancas y avestruces,  
revuelven lanzas, cambian las adargas

los diestros y valientes andaluces,  
descargan con gran ímpetu sus cargas  
los fumosos y ardientes arcabuces;  
con gran orden entraban y salían  
con una y otra salva que hacían.

Ninguno de su orden se derrama  
en este singular recibimiento,  
y en llegando frontero de la dama  
hacía cada cual acatamiento.  
Enciéndelos en amorosa llama,  
en muchos causa tierno sentimiento,  
porque su buen donaire y su meneo  
ponía mil espuelas al deseo.

En un cuartago blanco pequeñuelo  
iba, pero muy bien aderezado,  
basquiña de lustroso terciopelo,  
un galdresillo de color morado,  
las guarniciones de color de cielo,  
con cristalinas perlas estampado,  
capelete con plumas y medalla  
con el más aderezo que se calla.

Rebozada hacía gran destrozo  
de ánimas en esta compañía,  
y mucho más después que cierto mozo  
le dijo: «por merced, señora mía,  
os pido que quitéis ese rebozo,  
veremos ya la luz del claro día,  
que no sé cómo puede velo solo  
cubrir rayos más claros que de Apolo».

Ella, de comedida cortesana,  
el antifaz quitó luego a la hora;  
atónita quedó la gente vana  
de ver rostro do tanta beldad mora.  
Deshízose la lumbre de Diana  
sobrepujó lo claro del aurora;  
dijeras en el alma más reclusa  
obrase los efetos de Medusa.



En amoroso fuego van ardiendo  
 hasta los recatados y discretos,  
 y en el desventurado de Salduendo  
 hacen más impresión estos efetos;  
 pues en las muestras iba descubriendo  
 sus apasionadísimos concetos;  
 y aunque cesó la fiesta de aquel día,  
 nunca cesó su loca fantasía.

Al fin el regocijo ya deshecho  
 y todos los guerreros escuadrones,  
 el Salduendo tomó luego su lecho  
 sin esperar a más conversaciones.  
 Su corazón, bestial y falso pecho,  
 distraído con mil vacilaciones,  
 pero todas y todos sus cuidados  
 van a la doña Inés encaminados.

Decía: «¡Si su vista halagüeña  
 acaso contempló mi buen talante  
 al tiempo que salí de la reseña,  
 y hice las levadas de montante!  
 ¡O si quiso notar aquella seña  
 que le hice pasando por delante!  
 Pareciome cebar en mí los ojos...  
 Pero creo que son vanos antojos.

Porque ¿qué ocasiones o qué prenda  
 hay para penetrar mis pensamientos?  
 O ¿qué le dije yo para que entienda  
 estos mis congojosos sentimientos?  
 O ¿qué quiere decir tomar contienda  
 con quien es el señor de sus intentos?  
 ¿Quién no dirá ser el intento mío  
 grandísima locura y desvarío?

O ¿cuál de las mujeres adevina  
 el mal y la congoja del sirviente  
 con una sola vista repentina  
 sin le decir jamás el mal que siente?  
 O ¿quién pudo dar cierta medicina  
 a los inciertos males del doliente?

¿En qué buena razón o seso cabe  
querer curar el mal que no se sabe?

Para curarse pues enfermedades  
yo hallo que será mejor camino  
al médico decille las verdades  
y no hacello dellas adevino.  
Aquesto vencerá dificultades,  
y en esto me resumo y determino,  
porque el enfermo que sus males calla  
remedio tarde, mal o nunca halla».

Estas cosas y otras vacilando  
el ánima malvada y afligida,  
andábanse los otros preparando  
y dando gran calor a la partida.  
Algunos dellos iban embarcando  
de la gente mejor apercebida:  
el capitán Garci Arce con cincuenta,  
don Joan de Vargas doble desta cuenta.

Mandoles esperarse en cierta parte,  
y el Arce como fue más larga vía  
de indios encontró tan duro Marte  
que fue bien menester su valentía.  
Mas el don Joan de Vargas no se parte  
del límite que Ursúa le ponía,  
esperándole con sus compañías  
más de sesenta o de setenta días.

Escesivo trabajo se pasaba  
por falta de comida que tenía,  
y en cierta isla donde el Arce estaba  
angustia no menor se padecía.  
Y el Ursúa que mucho deseaba  
seguillos brevemente no podía,  
porque querían ya hacelle tiro  
los soldados del buen Pedro Ramiro.

No queriendo dejar sus Motilones,  
ya que su capitán era defunto,  
y un Montoya metía peticiones

mas sin le dar respuesta ni trasunto,  
el Ursúa lo trajo con prisiones  
siendo soldado grave de buen punto,  
lo cual no fue menor inconveniente  
para lo que diremos brevemente.

Pues el gobernador, considerando  
ser grande la tardanza que hacía,  
mandó con atambor echar un bando  
para que se partiesen otro día.  
En cumplimiento dél se van juntando  
con servicio y bagaj que se traía,  
cuya cantidad era de tal modo  
que faltaban navíos para todo.

Ursúa se hallaba muy confuso  
por no tener do tanta cosa fuese,  
de lo que cada cual para su uso  
llevaba y le costó buen interese;  
mas lo mejor que supo se dispuso  
a dar el mejor orden que pudiese,  
y hecha luego junta de la gente  
me dicen que les dijo lo siguiente.

Quitó con buen donaire su chapeo  
usando de su buen comedimiento  
diciendo: «Caballeros, mi deseo  
siempre fue de seguir vuestro contento  
y con igual amor lo mismo creo  
de vuestro virtuoso pensamiento;  
y ansí quisiera yo vías y modos  
para me conformar con el de todos.

Mas aunque con virtud y sufrimiento  
acontece vencer dificultades,  
dudo poder haber entendimiento  
que se mida con muchas voluntades  
cada cual de contrario sentimiento,  
mayormente de tantas variedades,  
que sin considerar inconveniente  
siguen sus apetitos solamente.

Declarando pues más este conceto  
a la salud de todos conveniente,  
llevar tanto bagaj en tal aprieto  
téngolo por negocio muy terrible;  
y hase de contentar el que es discreto  
con embarcar aquello que es posible,  
y no tanto belez, tanto pertrecho,  
que cause mayor daño que provecho.

Nuestras jornadas han de ser por ríos  
hasta llegar a prósperos confines,  
tenemos poca copia de navíos  
o mal aderezados bergantines;  
y por los ojos veis, señores míos,  
que demás de ser pocos son ruines,  
ansí por haber falta de oficiales  
como de carecer de materiales.

Y si más cantidad hacer queremos  
e ir más adelante con la obra,  
será perder el tiempo que tenemos,  
y es pérdida que nunca más se cobra.  
Si tantos embarazos les metemos  
para los españoles nada sobra,  
pues quando a los extremos falta medio  
tomar debemos el mejor remedio.

No puede todo ir por ningún arte,  
y para más seguro se requiere  
que deje cada uno buena parte  
de lo que menos menester hubiere:  
este daño por todos se reparte,  
e yo soy el primero que lo quiere;  
porque para seguro de la gente  
este remedio es más conviniente.

Los ganados vendellos o cambiallos,  
aunque sea con pérdida la venta,  
que todos no podemos aviallos  
según necesidad nos representa;  
y en cuanto a no dejar nuestros caballos  
bastará que llevemos solos treinta;

la cual disposición a nadie pene,  
pues es hacer aquello que conviene».

Acabó de decir y, comedidos,  
que los inconvenientes conocían,  
de sus comedimientos convencidos,  
muchas cosas dejaban o vendían.  
Por no les consentir lo que querían  
otros también estaban desabridos;  
apaciguolos lo mejor que supo,  
y hizo que metiesen lo que cupo.

Ya la febea luz a nuestra cuenta  
tenía el Escorpión por aposento,  
el año de quinientos y sesenta  
con otros mil del santo nacimiento,  
al tiempo que la gente descontenta  
hizo de Motilones movimiento  
ayudados también de grandes balsas,  
las intenciones buenas y las falsas.

Estaba sin saber por qué la gente  
llena de descontentos aquel día,  
no se podía ver cosa viviente  
con algunas señales de alegría.  
El río, con ser grande su corriente,  
parece que sus cursos detenía,  
los indios declaraban por señales  
incendios, robos, muertes y otros males.

Aunque con pesadumbre de las cargas  
y ropa que en las balsas se traía,  
siempre hacían las jornadas largas,  
porque les pareció que convenía,  
hasta que dieron con don Joan de Vargas  
deseoso de ver lo que ya vía.  
Allí tomaron todos luego puerto  
y se pusieron en mejor concierto.

Ursúa recibió contentamiento  
por hallarlos adonde los quería,  
puesto caso que con desabrimiento

por no saber del capitán García.  
Enjugan ropas en aquel asiento  
apartándose dél al cuarto día  
y, embarcados caballos y el restante,  
pasaron con los barcos adelante.

Do las corrientes aguas eran guías  
por caudaloso río y estendido,  
vían por las barrancas compañías  
lustrosas y cubiertas con vestido.  
Y habiendo navegado nueve días  
llegaron donde estaba detenido  
García, que por ser tan indiscreto  
los indios lo ponían en aprieto.

El Ursúa le dio reprehensiones  
por ser tan temerario y atrevido;  
mas admitió disculpas y razones  
como de su criado muy querido.  
Allí se pregonaron provisiones  
del gobierno que le era proveído,  
y al don Joan dio poder incontinente  
de general y su lugarteniente.

Desto nacieron odios y rencores  
con un livor pestífero y amargo,  
por haber otros muchos pretensores  
que se juzgaban dignos deste cargo.  
Hay juntas y corrillos de traidores  
adonde cada cual hablaba largo,  
mayormente los de los Motilones  
vivos en sus enojos y pasiones.

Hechos en el don Joan los nombramientos  
y seis o siete días ya pasados,  
de la isla salió con cuatrocientos  
españoles muy bien aderezados.  
Por las barrancas ven grandes asientos,  
que por más de cien leguas van poblados  
de gente que se ponen en huida,  
de ropa de algodón toda vestida.

No pareciéndoles tierra bastante  
 a causa de ver campos anegados,  
 determinaron de pasar delante  
 hasta hallallos más acomodados;  
 mas saliendo del sitio circunstante,  
 dieron en unos grandes despoblados;  
 navegan ocho días, y al noveno  
 dieron en pueblo de mejor terreno.

La gente deste pueblo hizo cara  
 con armas y amenazas de defensa,  
 y en la barranca fuerte se repara  
 a fin de resistir cualquier ofensa;  
 pero con una lengua se declara  
 su venida no ser a lo que piensa  
 antes querían a tan buenas gentes  
 hacellos sus amigos y parientes.

Vencidas de tan buen comedimiento,  
 sosiéganse las gentes alteradas  
 haciéndoles muy buen acogimiento  
 y dándoles sus casas por posadas,  
 con larga provisión de bastimento  
 de sus comidas más acostumbradas:  
 estuvo con aquestas compañías  
 el campo más de veinte y cinco días.

Ursúa, viendo la magnificencia  
 tal cual no la halló después ni antes,  
 ayúdoles en cierta diferencia  
 que tenían con indios circunstantes,  
 dejando muertos en la competencia  
 muchos de los contrarios litigantes,  
 porque venían hasta sus viviendas  
 a les robar las casas y haciendas.

Entre tanto buscábanse caminos  
 que más la tierra adentro se metiesen,  
 mas de los argonautas peregrinos  
 ningunos hubo que los descubriesen.  
 Ni pudieron hacer a los vecinos  
 que claridad acerca desto diesen.

Crecían en aquestas dilaciones  
en los malos las malas intenciones.

El Montoya con otros, en efeto,  
trataban que el Ursúa se matase,  
y para ejecución del mal conceto  
no faltaba Salduendo que soplase.  
Mas el negocio no fue tan secreto  
que por algunos no se sospechase;  
un cierto Pero Alonso mayormente  
al Ursúa le dijo lo siguiente:

«Señor gobernador, yo soy soldado,  
como sabéis, cargado de experiencia,  
y entiendo como bien acuchillado  
el daño del descuido y negligencia,  
y que cumple vivir muy recatado,  
entre contagiosa pestilencia,  
pues en los tales tiempos es gran yerro,  
como dicen allá, dormir sin perro.

Hanse por ciertas vías rezumado  
cosas que suenan mal al buen oído,  
y hallo que traéis aquí soldado  
facineroso, suelto y atrevido.  
Mirad por vos, velad con más cuidado,  
y no durmáis tan mal apercebido.  
Cosa cierto no sé, pero sospecho  
haber de suceder algún mal hecho.

Mirad, señor, que no tratáis agora  
con los del Nuevo Reino de Granada,  
donde toda bondad y virtud mora,  
y es gente cuerda, noble y asentada;  
y que con vos lleváis gente traidora  
a vueltas de la bien intencionada,  
que sin temor de Dios ni miedo vuestro  
han de soltar las riendas y el cabestro.

Tened guarda, señor, de los mejores  
amigos que sabéis que bien os quieren,  
y demos al diablo los amores,



que semejantes cargos no requieren,  
 pues son causa de grandes sinsabores,  
 y por ellos también los hombres mueven.  
 Con santo celo doy este consejo,  
 y con licencia de soldado viejo».

El Ursúa con un gracioso riso  
 agradeció sus buenas intenciones,  
 sin le sobresaltar tan buen aviso.  
 Quizá le parecieron invenciones,  
 porque en la guarda consentir no quiso,  
 dando ciertas excusas y razones.  
 Descuidó, sin razón, mas no me espanto,  
 pues de César leemos otro tanto.

Aderezose luego la partida  
 por el gobernador y varón fuerte.  
 Parte para partirse de la vida  
 y guíanlo sus pasos a la muerte,  
 que la parca cruel endurecida  
 a quebrantar el hilo se convierte.  
 Era principio ya de nuevo año,  
 y víspera de tan enorme daño.

Embarcáronse pues los peregrinos  
 a fin de proseguir su larga vía,  
 mirando por los lados más vecinos  
 si población alguna parecía.  
 Vieron prolijas sendas y caminos,  
 buen rato ya después de medio día,  
 y cierta poblazón bien asentada  
 donde les pareció hacer parada.

Ursúa, cuando van desembarcando  
 ajeno de mortíferos enojos,  
 a doña Inés estaba contemplando  
 como causa mayor de sus antojos,  
 y vido sus mejillas empapando  
 con lágrimas ardientes de sus ojos,  
 y queriendo saber por qué lloraba,  
 con tácito rumor le preguntaba:

«¿Qué pasión y congoja tan urgente  
os hace de consuelo ser ajena?  
Si es por necesidad que veis presente,  
ninguna razón hay en tener pena,  
pues confío de Dios omnipotente  
de veros descansar en tierra buena,  
que tras necesidad hay abundancia,  
y viene tras la pérdida ganancia».

Ella dijo: «Señor, esta tristeza  
no nace de ocasión tan abatida,  
ni temo yo tormentos de pobreza,  
ni verme de regalos despedida,  
pues vos sois mi regalo y mi riqueza,  
y no quiero más bien en esta vida;  
mas contaré, señor, cosas de espanto...».  
Quiso decir, y no pudo con llanto.

Su más clara razón era gemido  
por selle los sollozos embarazos,  
con mal de corazón y sin sentido  
hiriendo se hacía mil pedazos.  
El amante que tal extremo vido,  
quísola socorrer entre sus brazos.  
Pena con su dolor, crece su llaga,  
sin saber qué se diga ni qué haga.

La flor más agraciada de los mozos  
se duele del eclipsi de su luna,  
no con fingidas muestras ni rebozos,  
sino fuerza de amor es importuna.  
Encuéntranse suspiros y sollozos,  
las lágrimas confusas van a una,  
mostrando claramente por los hechos  
el íntimo querer de entrambos pechos.

Después que ya cobró color el gesto  
y el pecho se mostró con más aliento,  
el amante le dijo: «¿Qué es aquesto?  
¿De qué procede tanto sentimiento?  
En grande confusión me tiene puesto  
aqueste nunca visto movimiento.

Las lágrimas y lloro hacen pausa,  
y sepa yo de vos toda la causa».

«Trabajos vuestros son y penas mías  
(respondió mitigadas las pasiones),  
porque por grande número de días  
recuerdo con pesadas turbaciones.  
Soñé robos, incendios, tiranías,  
sanguinolentos tratos y traiciones.  
Vía tendido, muerto y en el suelo  
a quien es mi favor y mi consuelo.

Encarnizados en tan malos hechos,  
aunque yo me ponía de rodillas,  
las dagas me metían por los pechos  
y a golpes quebrantaban mis mejillas.  
Halleme, tales sueños ya deshechos,  
con un grave dolor en las ternillas.  
Míreme presto donde me dolía,  
creyendo ser verdad mi fantasía.

No quiero comparar cosa soñada  
a la que por verdad es conocida,  
mas yo sé que traéis en el armada  
gente desvergonzada y atrevida.  
Y así, por sí o por no, se pierde nada  
en que veléis, señor, por vuestra vida.  
Sientan de vos rigores algún rato,  
y entiendan que vivís con gran recato».

Oídas las razones deste cuento,  
Ursúa con semblante de risueño  
le dijo: «Para tanto sentimiento  
el negocio, señora, fue pequeño,  
pues no debe tan buen entendimiento  
tener tan por verdad cosas de sueño,  
pues muchos sueñan casos do perecen,  
y no por eso vienen ni acontecen.

Siento quererme bien toda la gente,  
e yo también estoy muy bien con ella,  
cosa no hallo que me represente

para tanto rigor una centella;  
menos puedo hallar hombre viviente  
que con razón de mí tenga querella,  
por tanto cese vuestro desconsuelo,  
y deso no tengáis algún recelo».

¡Oh corazón leal, buenas entrañas!  
¡Cuán fuera de razón van tus razones!  
Mira ya, buen Ursúa, que te engañas  
con esas tus sinceras intenciones,  
porque las falsas y traidoras mañas  
de que quiera levantan ocasiones,  
cuanto más que ¿quién vive tan al justo  
que para todos gustos tenga gusto?

Al fin él se quitó de la ribera,  
y con sesenta y tantos escogidos  
a un Sancho Pizarro mandó fuera  
a seguir los caminos más seguidos  
y a ver si por allí hallan carrera  
por do salgan a campos estendidos,  
y con la relación al sexto día  
volviese con aquesta compañía.

Entre tanto que estaban en el puerto  
esperando los que iban descubriendo,  
trataban de su pérfido concierto  
Joan Alonso Montoya y el Salduendo;  
y algunos no quisieran velle muerto,  
pero querían irse dél huyendo,  
recogiendo la ropa y atavío  
y de los barcos el mejor navío.

Había dentro desta compañía  
un don Fernando de Guzmán, que precio  
de buena discreción no poseía.  
Y a este cuasi que por menosprecio  
le hablaron, y dijo que quería.  
¡Buen Dios, defiéndeme de hombre necio!  
Pues con sus necedades e imprudencia  
camina tras cualquiera pestilencia.

Júntanse pues con él a la demanda  
 Pérez, Montoya, Vargas y Salduendo,  
 Chaves, Villena, Torres y Miranda,  
 los dos Fernández, cada cual horrendo,  
 Serrano, Joan Alonso de la Banda,  
 y al mal Aguirre, bravo y estupendo,  
 para negocio de tan grande afrenta,  
 determinan también de dalle cuenta.

Hablan con él en lo de la huida  
 Por ver si tal desino le complace,  
 y respondiöles ser cosa perdida,  
 a lo menos que no le satisfäce,  
 diciendo ser mejor quitar la vida  
 a quien tan poca cuenta dellos hace,  
 y no cumplir tardanza ni pereza  
 por estar su salud en la presteza.

Entendió las palabras un moreno  
 llamado Joan Criollo; y este quiso  
 no con pocos temores en el seno  
 hacer cuerdo desvío de improviso;  
 y aunque negro, sagaz y como bueno  
 al Ursúa le dijo leal aviso;  
 pero de sus palabras no curando,  
 estúvose con él chocarreando.

¡Oh ciego amor, y ciego quien tal fuere!  
 ¡Oh confianza ya desvanecida!  
 Tienes aviso de quien bien te quiere,  
 ¿y no quieres perder al homicida?  
 ¿Cómo tan gran descuido se requiere  
 adonde no va menos que la vida?  
 Al fin tu hado es inadvertencia,  
 y fortuna do falta la prudencia.

¿Es posible, varón, que no despiertas  
 con indicio de tanto detrimento?  
 Mira bien que la casa de dos puertas  
 aposta te la dan por aposento  
 aquellas intenciones descubiertas  
 y gente del traidor ayuntamiento;

e ya vienen a las ejecuciones  
de sus más que dañadas intenciones.

Ausentes eran ya rayos febles  
de nuestros hemisferios y collados,  
y los cansados ojos de mortales  
en necesarios sueños ocupados.  
Pero los corazones desleales  
en su temeridad más obstinados,  
el consorcio cruel, falso, maldito  
quiso poner por obra su delito.

Y estando los leales espiados,  
las guardas del real y centinelas,  
los pechos furibundos y alocados  
usando de sus mañas y cautelas,  
unos con arcabuces bien cargados,  
los otros con espadas y rodela,  
con oscuro hacían su camino  
tentados de tan torpe desatino.

¿Adónde vas, traidor ayuntamiento?  
¿Qué furia te privó de tu sentido?  
¿A cuál de vos causó desabrimiento?  
¿Quién de vosotros es el ofendido?  
A todos procuró de dar contento,  
y cada cual de vos es su querido.  
Matáis, pero seréis los vencedores  
vosotros de vosotros matadores.

Pues la caterva vil, sucia, bellaca,  
echando mano van a las espadas,  
y con furor que del infierno saca  
entrambas puertas tienen ocupadas.  
Finalmente rodean la hamaca,  
y allí le dan crueles estocadas.  
El, viéndose herir de golpes fieros,  
les dice: «¿Por qué es esto, caballeros?»

Sin armas al armado delincuente  
se levantó con un recio desnudo;  
mas el bando traidor no lo consiente

apresurando su furor acedo.  
 Cayó diciendo bien y claramente  
 santísimos artículos del credo,  
 con esta contrición bien conocida  
 el Ursúa partió de aquesta vida.

Conclusa la batalla carnicera,  
 donde tan gran deshonra se ganaba,  
 salieron de la casa todos fuera  
 a fin de publicar lo que pasaba;  
 y el don Fernando, puesta la bandera,  
 a voces «¡Libertad!» apellidaba.  
 Despiertan las sinceras voluntades,  
 admirados de aquellas novedades.

El buen don Joan de Vargas al momento  
 a su gobernador iba derecho,  
 pero los del traidor atrevimiento  
 también lo traspasaron por el pecho,  
 sin cesar el atroce rompimiento  
 hasta que de la tierra hizo lecho,  
 adonde el alma hizo despedida  
 de los peligros grandes desta vida.

Estaban los leales como locos  
 de frígidos temores ocupados,  
 por no saber si son muchos o pocos  
 los malos y crueles conjurados.  
 Sonaron pues pregones y convocos  
 de parte de los duros y obstinados,  
 con amenazas en rigor estrecho  
 a quien dijese mal de lo mal hecho.

Demás desto la gente bandolera  
 hizo con atambor echar un bando,  
 adonde se mandaba que cualquiera  
 tenga por general a don Fernando  
 y se ponga debajo su bandera  
 y todos se sujeten a su mando,  
 so pena que quien lo contradijese  
 por la misma razón luego muriese.

Reparten a su gusto los oficios  
los inventores de lo ya contado.  
Aguirre, gran autor de maleficios,  
por maese de campo fue nombrado,  
y los demás en otros ejercicios  
según suele tener campo formado,  
y por este nivel que voy diciendo.  
Capitán de la guarda fue Salduendo.

Pero puesto que fuesen sus intentos  
de mandos y de cargos señalados,  
no quiso reparar en nombramientos,  
ni fatiga le dan tales cuidados,  
pues su felicidad y pensamientos  
en doña Inés estaban colocados,  
la cual en el real no parecía  
ni con oscuro ni después de día.

Estaba con femínea compañía  
aparte y en su rancho recogida,  
al tiempo que el rumor la desengaña  
del sueño de la muerte sucedida.  
Huyó con el temor por la montaña,  
desconsolada, triste y afligida;  
tuviera, conocida su querella,  
la fiera más feroz lástima della.

A los espesos bosques se convierte  
diciendo con la voz enflaquecida:  
«Pues tal camino va mi mala suerte,  
que es paga justamente merecida,  
aquí satisfará mi breve muerte  
aquella que causó tan larga vida.  
No quiera Dios que falsos corazones  
cumplan sus deshonestas pretensiones.

Despedazarme ha la bestia fiera,  
y en mí se cebará su duro diente  
para que pueda ir a quien me espera,  
que es menos mal que ver tan mala gente.  
¿Cómo no lo hicieron de manera  
que fuéramos entrambos juntamente,



y padeciéramos aquel tormento  
con alguna manera de contento?

La montaña será mi sepultura,  
y aquí será mi cuerpo consumido,  
hasta quedar no más que el armadura,  
de carniceras aves carcomido.  
¡Oh desdichada yo, mas sin ventura  
que cuantas de mujeres han nacido!  
¿Adónde estás, mi dulce señor mío?  
¿Qué es de tu valentía y de tu brío?

¿Dó tu disposición y gentileza?  
¿Adónde está tu rostro sin segundo,  
tus bastantes ejemplos de nobleza,  
suave conversar, trato jocundo?  
¿Qué corazón mostró tanta dureza  
que tanto bien sacase deste mundo?  
Las bestias más voraces, carniceras,  
no fueran tan crueles ni tan fieras.

En este tan pesado desatino,  
¡oh, quién Alcestes, quién Evadne fuera!  
Cumpliose lo que menos me convino,  
y fue para que muchas veces muera,  
y habiendo de ir entrambos un camino  
hubiste de llevar la delantera.  
¿Cómo quieres dejar tu regalada  
tan sola, triste y tan desamparada?

¿A quién podré decir mi desconsuelo?  
¿Quién podrá ser aquí mi cierta guía,  
pues que me falta todo lo del suelo?  
A vos ocurro yo, virgen María,  
favorecedme vos, reina del cielo,  
doleos vos de mí, señora mía,  
míreme vuestro rostro glorioso  
en este trance todo trabajoso».

Haciendo va paradas a sus trechos,  
que el monte y el desmayo la repara,  
las lástimas de dichos y deshechos

endurecidas piedras quebrantara.  
Dábase con las manos en los pechos  
apresurados golpes por la cara,  
de las mejillas blancas van colores  
que vencen a las más purpúreas flores.

El resplandor dorado del cabello  
llevaba por los hombros derramado,  
porque cudiciosísimos de vello  
los ramos le quitaron el tocado.  
Hacia descubrir el blanco cuello  
entrellos algún aire reportado,  
imaginando ser el tal decoro  
nieve cubierta con madejas de oro.

Entre tanto, Lorenzo de Salduendo  
andaba con algunos de su bando  
de los unos y otros inquiriendo,  
a hombres y mujeres preguntando,  
por aquí y acullá yendo y viniendo,  
como ventor la caza rastreando.  
Por el rocío pues tomó la huella,  
y no paró hasta que dio con ella.

Rastrean los deseos el empresa,  
y el carnicero perro vio la caza,  
mas no llegó ni pudo hacer presa  
que el cebo de sus ojos embaraza.  
¡Oh Dios! a doña Inés ¡cuánto le pesa!,  
y así su bello rostro despedaza.  
Salduendo con halagos abundantes  
le decía palabras semejantes:

«Señora doña Inés, no ser locura  
este sobresaltado movimiento,  
sabad que solamente lo asegura  
hacello tan cabal entendimiento;  
y si fue con temor de gente dura,  
es no tener de vos conocimiento,  
pues ante don de perfección tan grande  
ningún rigor habrá que no se ablande.

Cobrad, señora, vuestro buen sentido,  
y no queráis dudar en la venida,  
porque seréis del modo que habéis sido  
respetada de todos y servida;  
y en fe de hijodalgo comedido,  
que podéis ir segura de la vida,  
mas antes cuantos somos desde agora  
os obedeceremos por señora».

Ella le respondió: «Señor Salduendo,  
ningún dolor os dé la vida mía,  
porque yo por indicios bien entiendo  
que presto perderá su lozanía.  
Solamente mi honor os encomiendo  
en virtud de la buena hidalguía,  
pues no me tuvo Ursúa de mal modo,  
y el cómo sabe quien lo sabe todo.

Yo volveré, señor, de buena gana  
por la seguridad de mi conciencia,  
que pretendo morir como cristiana  
y con mejor recato y advertencia,  
y pues mi muerte veo ya cercana,  
quiero hacer alguna penitencia.  
Ciegos son los sentidos del que piensa  
a mi gran desventura dar defensa».

Después que doña Inés esto propuso  
a la causa mayor de la revuelta,  
con mil vacilaciones y confuso  
al campo del traidor dieron la vuelta,  
donde según templanza de buen uso  
allí la recibió la gente suelta.  
Holgose de la ver su compañía,  
que eran honestas dueñas que tenía.

Luego se confesó devotamente  
con doto sacerdote conocido,  
y hizo sepultar incontinente  
con tierno sentimiento su querido.  
Deseaba hacello mucha gente,  
pero ninguno fue tan atrevido,

y en un árbol también de la floresta  
pusieron una letra como esta:

*Nobilis Ursuae confossi hic ossa quiescunt.  
Est aliis vigilans, cura sopita sibi.  
Ut sibi sonsulcret gemitus Agnetis amicae  
nec lachrymae prestant, somnia vana putans.*

Ursúa, noble varón  
y capitán señalado,  
aquí yace sepultado  
por alevé y por traición  
de su campo amotinado.  
Su adversa fortuna quiso  
que muriese de su improviso,  
sin recatarse en su vida  
por no creer el aviso  
de doña Inés su querida.

Puestas las cosas pues en este estado,  
tan sin rey y con ley tan insolente  
al término y al día señalado  
llegó Sancho Pizarro con su gente,  
de las maldades hechas descuidado  
como quien era dellas inocente  
y, visto para mal un mal tan ancho,  
de veras en callar se llamó Sancho.

Al general de torpes desatinos  
por términos, sin gana, comedidos  
le dijo cómo no halló vecinos  
de quien pudiesen bien ser advertidos,  
pero que vio grandísimos caminos  
para la tierra adentro muy seguidos,  
y que por los caminos a sus trechos  
tenían tambos y aposentos hechos.

Seguir estos caminos pretendía  
la parte más crecida desta gente,  
mas el Aguirre los contradecía  
por ser su pensamiento diferente;  
y un fulano Valcázar insistía

en que los prosiguiesen grandemente,  
y hiciesen al rey aquel servicio  
para disculpa deste maleficio.

Esto decía él al don Fernando  
como amigo leal, reprehendiendo  
las duras pretensiones de su bando  
y el hecho que hicieron tan horrendo.  
Otros buenos consejos le está dando  
que el miserable ya los va sintiendo,  
y quisiera tomar aquel escudo,  
pero salir con esto nunca pudo.

Porque el Aguirre con sus falsedades  
estaba de la gente muy mas lleno,  
usando grandes liberalidades,  
dándoles de lo suyo y de lo ajeno.  
Hecho gran charlatán de necedades  
y fingiéndose ser otro Sileno,  
mostrándoseles hombre de buen pecho  
para poder después hacer su hecho.

Él era de pequeña compostura,  
gran cabeza, grandísima viveza,  
pero jamás perversa criatura  
que de razón formó naturaleza.  
Todo cautelas, todo maldad pura,  
sin mezcla de virtud ni de nobleza;  
sus palabras, sus tratos, su gobierno  
eran a semejanza del infierno.

Charlatancillo vil algo rehecho,  
sin un olor de buenas propiedades,  
la cosa más sin ser y sin provecho  
que conocieron todas las edades.  
Pero nunca jamás se vido pecho  
lleno de tan enormes crueldades;  
y en tanto grado es esto que toco,  
que después me diréis que digo poco.

Fortalecido pues del villanaje  
que prestaba favor a sus intentos,

hizo desamparar aquel paraje  
menospreciando ya descubrimientos,  
llevando por el río su viaje,  
de do para buscar mantenimientos  
la gente descontenta sale fuera  
a los pueblos que ven por la ribera.

E yendo con aquel desasosiego  
que suelen engendrar tales furores,  
y los leales pechos en gran fuego  
que causaban las llamas de traidores,  
vieron un pueblo do saltaron luego,  
mas no hallaron ya los moradores.  
Allí desembarcaron los caballos,  
y el Aguirre mandó luego matallos.

Sirvieron de sustento los rocines,  
siendo por todos ellos repartidos,  
y en aquellas comarcas y confines,  
de madera de cedros escogidos  
hicieron dos muy buenos bergantines,  
dejando los demás allí perdidos.  
Aquí también hicieron desatinos  
que de escarnio no fueron menos dinos.

Pues del rey don Felipe blasfemando,  
a son de trompas y con gran estruendo  
juraron por su rey al don Fernando,  
que de hacer un hecho tan horrendo  
estaba por ventura ya temblando,  
tan feo disparate conociendo.  
Hacen su jura, bésanle la mano,  
y dicen, «¡Viva el rey!», al mal tirano.

El Valcázar los labios remordía  
y estaba con enojo y furia brava,  
mas como dar remedio no podía,  
el intenso dolor disimulaba;  
y como, «¡Viva el rey!», jamás decía,  
el Aguirre, que todo lo notaba,  
procuró que también metiese prenda  
en cosa tan bestial y tan horrenda.

Y así, viéndolo estar como defunto  
con un exterior triste y amargo,  
mandáronlo llamar, y en ese punto,  
después de le hablar Aguirre largo,  
el rey de naipes con los triunfos junto  
de justicia mayor le dieron cargo.  
La vara le presentan publicando  
que se la daban por el rey Fernando.

Dicho por el perverso Damasipo  
Aguirre, principal en el alarde,  
Valcázar respondió con santo hipo,  
desechando temores de cobarde:  
«La vara tomo yo por don Filipo,  
mi rey y mi señor, a quien Dios guarde»;  
mas él, varón fiel, leal y fuerte,  
después pagó con gloriosa muerte.

Y agora porque el nombre del rey canta  
con determinación tan atrevida,  
estuvo con cordel a la garganta  
y en grandísimo riesgo de la vida.  
Intercesión de muchos se levanta,  
y así fue por entonces suspendida  
la tal ejecución, y la malicia  
le quitó luego el cargo de justicia.

Y porque no quedase compañía  
por el Ursúa muy apasionada,  
allí luego mataron a García,  
capitán y persona señalada.  
Demás desto juraron aquel día  
de ser hermanos de la vida airada,  
y con solene jura que hacían  
morir unos por otros prometían.

No sé yo cuáles eran los intentos  
de los catorce torpes que juraban;  
mas tiene por equívocos acentos  
según que los efetos declaraban.  
Y así, por no quebrar los juramentos,

los unos a los otros se mataban.  
¡Oh gente sin razón, caterva ciega!  
Y ¿a quién no negará quien su rey niega?

Sonábase tener secreto trato  
Chaves y Joan Alonso de la Banda,  
pero para decillo con recato,  
mi pluma mal cortada y algo blanda  
desea hacer pausa por un rato,  
para ver en qué para su demanda.  
Yo también quiero descansar en tanto  
que damos orden al futuro canto.